

Verna B. Carleton

REGRESO A BERLÍN

Periférica & Errata naturae

TRADUCCIÓN DE LAURA SALAS RODRÍGUEZ

Para Sophie y mis amigos alemanes

PRIMERA EDICIÓN: marzo de 2017

TÍTULO ORIGINAL: *Back to Berlin.*

An Exile Returns

© Claudia Teresa Millan Carleton, 1959, 1987

© Aufbau Verlag GmbH & Co. KG, Berlin 2016

Published by special arrangement with
International Editors Co. Agencia Literaria

© de la traducción, Laura Salas Rodríguez, 2017

© de esta edición: Editorial Periférica y Errata naturae editores

info@editorialperiferica.com

info@erratanaturae.com

ISBN (Errata naturae): 978-84-16544-32-5

ISBN (Periférica): 978-84-16291-45-8

DEPÓSITO LEGAL: M-5666-2017

CÓDIGO BIC: FA

IMAGEN DE PORTADA: Archivo I. A. / J. R.

MAQUETACIÓN: A. S.

IMPRESIÓN: Kadmos

IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

Los editores autorizan la reproducción de este libro, de manera total o parcial,
siempre y cuando se destine a un uso personal y no comercial.

PRIMERA PARTE

¿NADIE VA A ALEMANIA?

Nos hallábamos a sólo unas cuantas horas de Fort Lauderdale, Florida, perdidos en el doloroso fulgor del sol implacable, sobre un ofuscado mar tropical, cuando conocí a los Devon.

El *Caribe*, un viejo barco italiano (de un blanco sucio) que cubría la ruta Southampton-Génova-Venezuela, era el tipo de nave en la que uno embarca no por propia decisión, sino por necesidad acuciante. Quería pasar el verano en Europa, y el único pasaje disponible a última hora (la arrebatada furia turística de julio de 1956) se encontraba a bordo de aquel vapor voluminoso pero aún testarudo. Para cuando yo embarqué, sin embargo, el *Caribe* llevaba días enteros errando por el suave mar que le daba nombre, recogiendo pasajeros holandeses en Curazao, británicos en Jamaica y sudamericanos y españoles en La Guaira, junto con una surtida variedad de otras nacionalidades, gracias a las cuales se formaba un coro tan desconcertante de lenguas que nuestro comedor parecía una asamblea de las Naciones Unidas durante una crisis particularmente turbulenta.

En contraste con la multitud colorida y palpitante, aquella silenciosa pareja británica daba la impresión de estar completamente perdida, fuera de lugar. Me los encontré

acurrucados el uno contra el otro en un banco de la cubierta superior, mirando desconsolados hacia la minúscula piscina, que a aquella hora era un hervidero de niños que chillaban y se arracimaban allí como abejas de vuelta a la colmena. Cuando me acerqué, ambos levantaron la vista con rapidez, como si saludasen cualquier interrupción con cierto alivio.

—Esto está horriblemente atestado, ¿verdad? —dijo la mujer, mientras una sonrisa asomaba a su rostro pálido, anguloso y algo tímido.

—Terriblemente —respondí—. ¿Llevan mucho a bordo?

—Cuatro días —dijo—. Embarcamos en Kingston. El consignatario de buques nos dijo que era un barco encantador, perfecto para el reposo. Lento, sí, pero...

—Eso mismo me dijeron a mí. —Recordé el deleite con el que había visualizado una larga y serena travesía por el Atlántico, una tumbona extendida en cubierta, los chillidos de las gaviotas—. Lo cierto es que vamos a bordo de un barco de inmigrantes que transporta a trabajadores de un lado a otro entre Europa y Sudamérica.

—Y en qué condiciones tan horribles —exclamó la mujer llena de indignación—. Verá cuando baje al agujero que lleva por nombre «tercera clase» y vea cómo han hacinado a los pobres jamaicanos que van a trabajar a Inglaterra. ¡Como ganado, con este calor! —Se quedó un momento esperando, como si pensase que su marido iba a añadir algo, pero no fue así—. Cuando llegue a casa voy a escribir una carta a *The Times* para protestar. De verdad. Es una vergüenza.

—¿Qué tal la comida?

—¡Atroz! Lo que no está frito llega a la mesa flotando en una salsa aceitosa. —Pero en esta ocasión empleó un tono medio de disculpa, como si considerase de mala educación quejarse cuando había otros en situación mucho peor. A la clara luz color limón de la cubierta vi que sus ojos eran de un delicado marrón arena, casi de la misma gama que su pelo lustroso y suave recogido en un moño apretado. La superficie de su piel ligeramente pecosa exhalaba una tierna fragancia de lilas.

En aquel momento un altavoz, oculto en algún lugar cercano al salón, desató sobre nosotros una aterradora avalancha de jazz estadounidense que sumó su frenético impacto a la ya confusa mezcolanza de voces humanas, gritos infantiles y la cansina vibración de los motores del barco.

—Música grabada para calmar nuestros nervios —explicó la mujer al tiempo que dejaba sitio en el banco para que me sentase junto a ellos—. Nos la ponen todas las mañanas de diez a doce, y también todas las tardes.

—¿Y cómo vamos a conseguir aguantarlo dos semanas? —dije sintiendo que me flaqueaba el valor.

—Mi marido y yo también nos lo preguntamos. Por suerte hay unas cuantas personas agradables a bordo que hablan inglés y nos afligimos todos juntos. Lo que es espantoso es enfrentarse solo a las cosas, ¿no cree?

Su voz, que poseía una vibración vivaz y una bella modulación, parecía pertenecer a una persona más joven. Ella, a mi entender, debía de rondar los cuarenta.

Hablaba con prisa febril y comencé a sospechar, mientras escuchaba la descripción de algunos pasajeros de a bordo, que me retenía con ellos por una razón particular, por miedo, quizá, a quedarse en cubierta con su marido expuestos, ambos solos e indefensos, a la embestida de los lenguajes foráneos y a aquel desconcertante barullo.

La música cesó tan bruscamente como había empezado, sólo para dar comienzo un momento después a un danzón cubano. Un grupo de españoles que se hallaba justo ante nosotros acometió con voces desafinadas pero vigorosas los joviales compases de una canción andaluza que retaba al altavoz a un duelo de potencia. Sepultadas entre aquellas dos fuerzas pujantes, la mujer y yo proseguimos desesperadamente nuestra conversación, como si deseásemos, sólo con nuestras frágiles palabras, construir una barrera protectora contra aquel entorno que amenazaba con descomponernos los nervios.

Se llamaban, me dijo, Eric y Nora Devon (Nora venía de Eleonora, por la Duse, así se las gastaba su madre). Vivían en Londres, en Chelsea para ser exactos, y habían pasado varios meses en Jamaica con la hermana de ella, Cordelia, cuyo marido cultivaba azúcar, toneladas de azúcar. La bronquitis de Eric se había mostrado especialmente severa el verano anterior, por lo del neblumo, y albergaban la esperanza de que los trópicos fuesen de alguna ayuda. El pesimismo de su voz indicaba que no había sido así. Su marido estaba en plantilla en una editorial y

ella realizaba ilustraciones para libros infantiles (nada de lo que presumir en realidad, pero por alguna afortunada razón parecían atraer al público).

—¿Y adónde se dirige? —preguntó.

Primero a Londres, respondí; luego tenía la intención de vagar un poco por Europa. Particularmente, deseaba ver Berlín.

—¿Berlín? —repitió Nora, como si hubiese dicho «Marte». Vi que echaba una rápida mirada al hombre, que nos escuchaba sin decir palabra; por primera vez, Eric Devon se giró directamente hacia mí, de modo que su rostro enjuto, como tallado a cuchillo, y que hacía un momento era sólo perfil, se amplió de repente, convirtiéndose en una franja de frente alta, un pelo rubio ceniza ligeramente grisáceo y una boca bien formada pero desfigurada por cierta tensión interna.

—¿Por qué Berlín? —preguntó, como a punto para rechazar cualquier explicación corriente.

Respondí que a veces colaboraba escribiendo artículos para algunas revistas y que Berlín, después de todo...

—¡No, por favor! —me interrumpió con un bramido de protesta—. No me diga que va a ir en avión a la ciudad dividida para pasar un fin de semana y conseguir otra columnita horripilante de ésas, que tratan del lujo en una parte y de los cuerpos cadavéricos en la otra...

—¡Eric! —reprendió su mujer con brusquedad.

—Lo siento.

—No lo sienta —respondí—. Nunca se me ha pasado por la cabeza escribir sobre Berlín. Sólo quiero verlo.

—Claro que los turistas nunca ven nada en profundidad —señaló, como consolándose con tal pensamiento—. Si habla con los alemanes le llenarán la cabeza de afirmaciones deslumbrantes. Le dirán que siempre han sido una cuadrilla de buenos demócratas. Todo el dolor que se le ha infligido a la Europa ocupada ha sido obra de tres o cuatro malvados que de ninguna manera representan al preclaro y espiritual pueblo alemán.

Nora se giró hacia mí de nuevo, sobresaltada por la amargura que se percibía en la voz de su marido.

—Por favor, perdónenos si parecemos algo rencorosos. En Inglaterra aún no se ha olvidado la guerra. En Estados Unidos es distinto.

—Sí. No nos han bombardeado nunca. Ésa es la diferencia.

—¿Por qué no va mejor a Viena? —Eric se plantó ante mí tras levantarse del banco; se hallaba de pie en cubierta, alto y muy delgado, con sus bermudas color blanco roto y su camisa informal de rayas; algo en su cuerpo me recordaba a un sabueso, todo fibra nerviosa, tembloroso de expectación.

—Lo siento, iré a Berlín —dije.

—Pero ¿por qué? —repitió; por alguna razón, el asunto había adquirido una importancia vital.

—Quizá no lo entienda usted. O quizá sí, recordando la guerra como la recuerda. El mismo día que llegue a la ciudad iré a Berlín Este: quiero plantarme ante las ruinas del búnker de Hitler. Entonces recordaré a todos mis amigos alemanes que murieron asesinados a manos de los

nazis o en el exilio, sin poder volver. Y en su nombre diré en voz alta: «¡Gracias a Dios! He vivido para ver el “Reich de los mil años” en ruinas».

—¿Qué mesa le han dado en el comedor? —Su voz se había teñido de una alterada curiosidad.

—La número cuatro.

—Entonces está con los Van Nost. Son agradables, pero hay que conseguir que la coloquen con nosotros. Tiene que sentarse en nuestra mesa, Nora —dijo volviéndose hacia su mujer en busca de apoyo.

—Ay, sí, por favor —me urgió con su voz suave—. Así el viaje resultará mucho más agradable, no se puede hacer una idea.

Desde el primer momento en que me senté en la mesa de los Devon intuí que aquella pareja sensata y en apariencia muy feliz se estaba enfrentando a algún tipo de crisis en su vida; y la gente, durante las crisis, se vuelve extrañamente vulnerable y excesivamente dependiente, en especial cuando siente que se le tiende una mano amistosa de tacto reconfortante.

Después de cenar, en el salón tapizado de cuero rojo, conocí a gran parte de los espíritus afines, que Nora daba la impresión de haber reunido alrededor de Eric y ella misma como protección contra una amenaza a la que sólo Nora sabía poner nombre. El primero era un catedrático francés divertido y sardónico llamado André Nollet, un hombre en la cincuentena con unos atusados mechones de pelo gris, semejantes al musgo y separados con precisión por

encima de un rostro monacal y demacrado; después, una despistada niñera inglesa, miss Leeds, que había pasado la mayor parte de sus sesenta y seis años trabajando para familias acaudaladas; y, por último, los Van Nost, una pareja de holandeses silenciosos y achaparrados, de una conspicua semejanza, ambos en torno a la «mediana edad» y con unos ojos del azul intenso de la brillante cerámica de Delft.

Durante las siguientes veinticuatro horas, mientras el barco vagaba lánguidamente hacia Cuba, donde teníamos que atracar de nuevo para recoger provisiones y pasajeros, nuestro pequeño grupo, como una colonia abandonada en una isla desierta, fue cobrando cohesión durante las tórridas y asfixiantes horas que rozaban el tormento gracias a la música casi constante de una gaita española que tocaban en la cubierta superior. Nos las apañamos para encontrar una mesa vacía en la esquina del abarrotado salón y decidimos turnarnos para defenderla de los intrusos durante el resto del viaje, si era posible. En ella, los Devon hacían solitarios, la señora holandesa, encaje, monsieur Nollet corregía con tremenda concentración el manuscrito de su nuevo libro sobre los poetas franceses del siglo XVIII, y miss Leeds rememoraba el París de la época de Proust.

Sin embargo, incluso cuando nos sentábamos todos juntos, había una corriente fluida de comprensión y profunda simpatía entre los Devon y yo que nos apartaba un poco de los demás y otorgaba significado a cualquier alusión, por pequeña que fuese, o a cualquier palabra recalcada. Cada vez que se despejaba la melancolía de Eric me

deleitaba la claridad y precisión de su mente, que parecía haber encontrado su correspondiente femenino en la de Nora. Saltaba a la vista que ambos eran gente de lo más considerada, leal y digna de confianza; y resultaba conmovedor ver lo enamorados que estaban. Su amor no se expresaba en palabras vanas ni en gestos sentimentales, sino en la total y silenciosa aceptación de la personalidad del otro, de modo que sus pensamientos parecían fluir de uno a otro en perfecta consonancia sin que ningún desacuerdo perturbase el diálogo. Nora era de naturaleza extremadamente reservada; y sin embargo, allí, en mitad del océano, la conciencia de nuestro aislamiento y las horas que transcurrían parecían liberarla de cualquier inhibición, de modo que en cuanto estábamos a solas se lanzaba de inmediato a vívidas descripciones de su vida con Eric, de las experiencias compartidas y de los preciados recuerdos atesorados con el transcurso de los años.

No eran, como a veces daba la impresión, recién casados; habían contraído matrimonio a finales de la guerra, cuando ella tenía treinta años y Eric cinco años más; así pues, su felicidad no se cimentaba en el indómito impulso de la juventud, sino que, bien al contrario, era fruto de la madurez, el sacrificio mutuo y el sufrimiento. Pero lo que Nora no podía contarme era la naturaleza de la plaga que asolaba sus vidas; intuía que se trataba de algo que tenía que ver con la enfermedad de Eric, a quien el largo reposo no lo había calmado en absoluto.

Con Cuba en el horizonte, fino penacho de verde grisáceo en la distancia, Eric y yo salimos a cubierta mientras